

no poco contento de ver cuán bien había surtido efecto la traza de Crispin. El estaba con algun cuidado, porque en aquel día ni otro no pudo ser avisado de lo que pasaba por la presencia de Garay; mas desde que este se partió á Madrid, con mas libertad vivió Rufina enamorada de su huésped. Avisó don Jaime á Crispin con la esclava, escribiéndole un papel de la manera que andaba favorecido; con ella le respondía Crispin dándole otro, y en un bolsillo cien doblones para que se entretuviese jugando y diese algunos á las criadas para ir granjeando su voluntad para lo que se ofreciese.

Luego ese día que se fué Garay á Madrid se halló Rufina ocupada con dos visitas que le vinieron de dos damas vecinas suyas, cosa para ella de grandísimo disgusto; porque en aquella ocasion mas estimara que la dejaran sola con su galán que no ser visitada. Luego que las amigas se fueron, se fué al aposento de don Jaime, que así le llamaremos mientras durare el engaño; en él le halló entreteniéndose con una guitarra que la esclava le había dado. Era el jóven diestrísimo músico, y hacía tambien versos de buen aire, cosa que lleva el valenciano suelo, pues hay en él admirables músicos y poetas; de una gracia y otra estaba adornado. En fin, el tal don Jaime se estaba entreteniendo con la guitarra; llegó Rufina con pasos lentos al aposento, oyendo la dulce armonía de las templadas cuerdas heridas con diestra mano; y sin ser sentida del jóven, le estuvo aguardando, echando de ver que queria cantar este romance con dulce y sonora voz, que la tenia extremada.

¿Quién pensara que mis males,
De quien jamás estoy libre,
Trocará fortuna en bienes,
Para hacerme mas felice?
Penas que un tiempo me dió
El alado dios de Chipre,
El mismo convierte en glorias,
Para que yo las estime.
Al bajel de mi esperanza,
Que el imperio de Anfitrite
Suro por saladas ondas,
Viendo peligrosas sirtes,
Hoy, sin temer huracanes
Adonde en golfos peligré,
Le conduce á alegre puerto
Una hermosura sublime;
A quien el alma y potencias
Se le postran y se rinden,
Si bien tan poca victoria
No es de sus blasones timbre.
¡Oh tú, dueño de mi alma!
Pues á conocerte vine,
Oye á tu Gerardo atenta
Lo que de su pena dice.
¿Bellas ninfas del Tajo, decid si visteis
Que se abraza con nieve quien ama firme?

A vuestra hermosura apelo,
Clori, aunque de exceso paso,
Por ver que en nieve me abraso,
Y que con fuego me hielo.
Nadie me dará consuelo,
En pena que es tan crecida,
Si la que da la herida
El remedio no la aplique.
¿Bellas ninfas del Tajo, decid si visteis
Que se abraza con nieve quien ama firme?

Nuevas llamas fueron las que abrasaron el tierno pecho de Rufina con oír al fingido don Jaime cantar; parecióle en extremo su dulce voz, su gran destreza, y sobre todo notó en la letra que había cantado, que le pareció haberse hecho por él al suceso pasado; y era así, que el picaron era bellaco, y con unas puntas de poeta, y con buen natural que tenia, en breve hizo de memoria aquella letra para cantársela á Rufina, la cual cantó así como había sentido que ella le escuchaba. Entró la enamorada moza donde el galán estaba haciendo diferentes falsas en la guitarra, y dijo: Señor don Jaime, ¿esa gracia mas teneis? Mucho me huelgo, aunque no me maravillo, porque Valencia cria regaladas y dulces voces. La mía es muy mala, dijo él, mas ha cantado esta letra muy gustosa. Ya veo, dijo Rufina, que la letra es tan moderna, que no ha tres dias que estaba por hacer. Así es verdad, dijo don Jaime; mas ¿qué mucho, si la causa por quien se hizo tiene tanto poder que hará á los troncos tener alma y amarla, qué será á mí, que soy criatura racional y conozco mejor sus partes amándolas? No seas lisonjero, dijo ella, que á saber que lo que me decís es cierto, aun pudiéades acordaros mejor de este hospedaje; pero los hombres saben encarecer lo que no sienten, y fingir no amando. En uno y en otro os engañais, dijo él, y así, creed de mí que puedo dar por bien tenido el susto de mi prudencia y el peligro de verme preso, á trueque de haber tenido la dicha de conoceros; lo que os suplico es que me pagueis esta fina voluntad confiando de mí, que os amo tiernamente. Con estas le supo decir don Jaime otras amorosas razones á Rufina; de modo que desde aquella tarde le comenzó á favorecer de suerte que el picaron desistió de la empresa comenzada, y dió en amar á Rufina; ella vivía engañada, porque se pensaba que su huésped era el que se había pintado en la relacion, y lo que mas la aseguró esto fué el preguntarla él quién era; no quiso parecerle inferior á sus ojos, y así en breves razones le dijo cómo descendia de los ilustres caballeros Meneses de Portugal, aunque había nacido en la ciudad de Badajoz. Bien se pensó con esto el pícaro que hurtaba bogas y enderezó á casamiento, desengañado de lo que Crispin no queria en su edad desengañarse, que era el conocer los peligros de su trato y cuán á pique andaban, hurtando, de subir á una horca. A este mozo le pareció bien Rufina, y mucho mas que fuese noble, y trató de enamorarla muy de veras y merecerla por esposa. Lo mismo pensaba hacer ella; y así, correspondiéndose como finos amantes, Rufina se descuidó, y don Jaime se halló favorecido de ella del todo.

Quedó Rufina con el temor de que Garay volvería presto allí, cómo le había prometido; vió lo que le debía, que estaba en lugar de su padre, y que como tal le conocían en Toledo; echaba de ver tambien que venido había de sentir mucho que le dejase, aunque ella le pensaba dar algun dinero secretamente y despedirle de sí; considerólo mejor, y mudando intento, se resolvió en irse de Toledo y que la hallase ausente de allí Ga-

ray cuando volviese de su jornada, persuadiendo á don Jaime que la llevase á su patria Valencia; esto determinaba decirle pasados dos ó tres dias, porque la vuelta de Garay no sería hasta pasados quince, segun él había dicho á la partida. En tanto pues que Rufina lo consideraba mejor, pasaban ella y su amante gustosos, y él no poco enamorado de ella, por lo cual determinaba desistir de su primer intento, aunque le pesase á Crispin. Era por tiempo de invierno, en que las noches son largas; y así las entretenían los dos amantes, ya platicando de varias cosas de amores, ya cantando, habiendo tambien Rufina manifestado la gracia que en esto tenia, con que á dos voces cantaban algunos tonos de los que corrían entonces. Una noche que ya habían cantado y hablado de diferentes materias, deseó Rufina que su galán les entretuviese á ella y á sus criadas con alguna cosa; y así le dijo que si sabía alguna novela para que contándosela las entretuviese una parte de la noche. Era el jóven general en todo y de buen ingenio; y así, para obedecer á su dama y manifestar que tenia buena prosa en las narraciones, dijo: Aunque quien es tan entendida como tú, hermosa Emerenciana y dueño mio, le parezca mi prosa vulgar, préciome de ser obediente á tus mandatos, tanto, que no dejaré de obedecer en este particular, con que haciéndolo presto, podrán tener disculpa los yerros que en mí se conocieren; y así, habiendo oído á un caballero de Valencia bien entendido esta novela, quiero referírtela. Sosegóse un rato, y comenzó así:

NOVELA TERCERA.

CAPITULO XVII.

Jaime, para divertir á Rufina, da principio á la novela de A lo que obliga el honor.

En Sevilla, ciudad insigne, metrópoli de la Andalucía, madre de nobles familias, patria de claros ingenios, erario de los tesoros que envían las Indias occidentales á España, nació don Pedro de Ribera, nobilísimo caballero de la ilustre casa de los duques de Alcalá, tan estimada en aquel reino; por muerte de sus padres quedó heredero de cuatro mil ducados de renta, con que se portaba en Sevilla lucidamente, siendo el primero que en todos los actos públicos se hallaba, señalándose mas que todos en su lucimiento y porte. Tenia este caballero un primo hermano en Madrid, asistente en aquella corte del mayor monarca; había ido á ella á unos pleitos, de que tuvo buen suceso con sentencia en favor, y pagado de la vivienda de la corte y trato de sus cortesanos, trocó la asistencia de su patria por la de esta ilustre villa; tuvo en ella amistad con un anciano caballero, cuyo nombre era don Juan de la Cerda, en quien concurrían muchas partes, por donde era estimado de todos. Honrábase el pecho con la roja insignia del Patron de las Españas, á que se le añadía una encomienda de dos mil ducados. Era este caballero viudo, y de su matrimonio le quedó sola una hija heredera de cuanto tenia, en quien la naturaleza puso con

particular cuidado todo su afecto en hacerla hermosa, con no poca envidia de las damas de Madrid. Pues como el luminoso planeta excede á los lucientes astros que toman de él luz, así esta hermosísima dama, como sol de la hermosura, excedía con ellas á las damas de Madrid.

Deseaba don Juan casar á esta señora con persona muy á su satisfacción, que la igualase en la calidad y hacienda. Bien pudiera don Rodrigo de Ribera, que así se llamaba el primo de don Pedro, de quien primero he hablado, intentar este empleo, por su sangre y por la amistad que con don Juan de la Cerda tenía; mas era hijo segundo en su casa, y esto le enfrenó á no tratar de emprenderlo, considerando cuán poca hacienda tenía para igualar dote tan aventajado. Lo que hizo fué proponer á su amigo don Juan la persona de su primo, que estaba en Sevilla, haciéndole relacion, así de sus partes como de su mayorazgo; parecióle bien á don Juan, mas prudentemente quiso hacer informacion de esto primero, sospechando que don Rodrigo con la pasión de deudo podría haberse alargado en su alabanza y hacienda. Y así, teniendo don Juan un amigo en Sevilla, le escribió luego que se informase de las partes, persona y hacienda de don Pedro de Ribera con toda verdad, porque le importaba no menos que calificar su casa con él y remediar á su hija doña Brianda. En breve tuvo respuesta, en que conformó el amigo con cuanto don Rodrigo había dicho de su pariente; y aun se alargó mas que él, no excediendo de la verdad en su informacion; con ella se halló muy gustoso don Juan, y así se vió luego con don Rodrigo, y le dijo informase á su primo de esto, tratando con él el casamiento de su hija. Hizolo así, y don Juan quiso primero que se le enviase un retrato de la dama para no hacer esto á ciegas, fiándose de su primo, que no daría lugar al pintor para que la copiase lisonjeramente, sino con toda verdad y fidelidad. Hizolo así don Rodrigo, con que don Pedro quedó gustosísimo, y remitió á su primo que las capitulaciones se hiciesen en tanto que él partía, para lo cual le envió su poder. En tanto que don Rodrigo trataba de esto con don Pedro, doña Brianda contemplaba en otro retrato, que don Pedro le había enviado. Este caballero hizo lucidas galas; con ellas partió á Madrid; no pudo partir con él su familia, porque quedaron á que se les acabase una lucida librea, y con solo un criado partieron en dos mulas con sola la compañía del mozo de camino, que en otra, no peor que las que llevaban los dos, seguía su largo paso, llevando don Pedro no poco deseo de llegar á Madrid por ver á la hermosa doña Brianda, de quien iba aficionadísimo por el retrato, que no le apartaba de su pecho, envuelto en la misma carta que su primo se le había enviado.

Media jornada antes de llegar á Toledo comieron, y mandando don Pedro al mozo de mulas que se adelantase á prevenirles posada en la ciudad, él se quedó entreteniendo sobremesa con unos hidalgos de Orgaz, que era el lugar donde estaba, á los naipes; perdía, y

pieóse, con que el juego duró hasta que los dieron lugar á desquitarse, que fué algo mas tarde que quisiera. Púsose á caballo, é informado del camino que habia de tomar, comenzaron él y su criado á caminar; anoche-cióles á una legua andada, y hubieron de proseguirle con la sombra de la noche, que fué mas oscura que otras, por estar el cielo nublado y no dar lugar á que las estrellas mostrasen su resplandor, ya que la luna, por ser muy menguante, no les podía favorecer; con esto é ir divertidos erraron el camino; de modo que vinieron á dar en unos olivares, media legua antes de llegar á Toledo. Como no sabian el camino, ignorando en la parte que estaban, determinaron, por no alejarse mas de Toledo, de apearse en aquel olivar y aguardar allí hasta que el alba con su luz les mostrase el camino; quitaron las maletas á las mulas, y sobre ellas se tendieron debajo de un olivo, que fué el verde pabellon de aquella cama campesina; el cansancio les trajo sueño, y así se rindieron á él, que no debieran, pues cuando mas á placer dormían, descuidados de lo que les habia de suceder, acertaron á llegar á aquel sitio cuatro hombres con lentos pasos, que el patear de las mulas los llevó á aquel sitio. Estos eran unos ladrones que venían de hacer un hurto, mas no les salió cierto, y volvíanse á Toledo; no quisieron perder la ocasion, pues los ofrecía cabellos; y así, viendo á los dueños de aquellas mulas durmiendo, convenidos en lo que habian de hacer, se abrazaron dos con cada uno, y atán-doles las manos atrás, les despojaron de cuanto tenían, exceptuando los jubones y calzoncillos de lienzo, y por hacer mas brevemente su fuga, hasta las mulas se llevaron.

Quedaron amo y criado lamentándose del suceso, culpando el criado á su señor en haberse divertido tan á lo largo al juego, pues por esto les vino aquella desgracia; haciendo varios discursos sobre ella estuvieron, hasta que las aves con su dulce canto comenzaron á hacer salvas á la aurora, que salió agradecida al aplauso que la hacían; oyeron entonces cerca de sí balidos de ganado, con que comenzaron á voces á llamar á su pastor, que vino luego adonde estaban, y les desató, compadecido de verlos desnudos. Preguntáronle que cuánto habia de allí á Toledo, y díjoles que media legua corta; pero que si querían ir á un cigarral de su dueño, que estaba de allí muy cerca, que él los guiaria, donde fiaba de la piedad de una dama que en él asistia que remediaria su necesidad. Tomaron su consejo, y siguiendo al pastor, los llevó á un cigarral, á quien el cristalino Tajo muraba por una parte; tenia lucida casa, con altas torres y dorados chapiteles; llegaron á él, y llamando el pastor, les fué luego abierta la puerta por un hombre anciano, que servia á aquella señora de mayordomo de su hacienda del campo, teniendo á su cargo gobernar la familia de los pastores y beneficiar los esquilmos que del ganado sacaban. Subió el pastor que los guió hasta allí, y en breves razones hizo relacion á su señora de la desgracia de los forasteros y que se venían á valer de ella; mandólos subir, llegando

don Pedro á su presencia con harta vergüenza suya, por venir desnudo; solo se abrigaba con una capa que el pastor le prestó. Hizo relacion de su viaje y que iba á Madrid á un pleito, no diciendo quién era, sino solo que era un hidalgo de Sevilla, cuyo nombre era Fernan Sanchez de Triviño. Compadecióse doña Victoria de verlos así, en particular á don Pedro, que le pareció bien su persona; y entrándose adentro, de unos baules que tenia sacó dos vestidos de color, que les dió, mandán-doles que se vistiesen luego; hicieronlo así, con que don Pedro, ya vestido, hizo mejor ostentacion de su talle, con que se agradó mas de él doña Victoria, no apartando de él los ojos. Llegó la hora de comer, y sin escrupulizar en hacerlo en su compañía, la dama comió con don Pedro, que no acababa de darla gracias del favor y merced que le hacia.

De esta suerte estuvieron dos dias en el cigarral, sin declarar la dama lo aficionada que estaba de don Pedro, sino con los ojos, que ellos fueron intérpretes de su pena. Bien lo conocia don Pedro, y lo comunicaba con su criado, mas no se atrevia á decirlo nada como estaba tan próximo á casarse. El criado de la animaba que no perdiese aquella ocasion, pues se la habia ofrecido la fortuna, ni fuese cruel con quien se le habia mostrado tan piadosa. La soledad del sitio, la hermosura de la dama y el habersele declarado algo le obligaron á don Pedro á que correspondiese á su aficion; empero la dama no quiso llegar á los brazos, si primero no le daba palabra de ser su esposo. Ya don Pedro estaba encendido en su amor, olvidada la dama del retrato, y aconsejándose de su criado sobre lo que debia hacer en esto, él le dijo que no perdiese la ocasion que le ofrecia la fortuna, que podia gozar aquella dama, cumpliendo con ella en darle palabra de esposo y aun cédula, mas que en ella no dijese su nombre, sino el que le habia dicho; así lo hizo don Pedro, con que doña Victoria de Silva, que así se llamaba la dama, dió lugar á que el caballero llegase á los brazos con ella.

De esta manera estuvo en el cigarral otros cuatro dias, y haciéndola entender que iba á solicitar la sentencia de un pleito que traia en el Consejo de Indias, á que era importante hallarse su persona, alcanzó licencia de doña Victoria, con palabra de que volveria con brevedad pronto á verla; con esto partió otro dia muy de mañana con muchas lágrimas de la dama, y él fingió con la cubierta de un lienzo en sus ojos que la acompañaba en el llanto. Partió con esto del cigarral, habiéndole la dama dado mulas y dineros para llegar á Madrid; de contado le vino el castigo por lo que habia hecho, pues al entrar en Illescas un machuelo espantadizo dió un brinco, cogiendo á don Pedro descuidado, y dió con él en el suelo desconcertándole una pierna, con que fué menester quedarse en aquella villa curando con un algebrista que trajeron de Toledo. Allí le dejaremos por volver á doña Victoria, que quedaba con la partida de su galan llorosa y con mucha pena. Una criada suya que acudió á componer la cama en que habia dormido, hallóse que por descuido habia dejado-

se don Pedro el retrato de la dama con quien iba á casarse envuelto en la carta que con él le envió su primo. Púsole todo en manos de su señora, y ella descogiendo el papel vió el retrato, con que la puso en nuevo cuidado y pena; acrecentóle uno y otro leer el papel, que decia de esta suerte:

«Primo y señor mio: Con esta va el retrato de mi señora doña Brianda de la Cerda, bien y fielmente sacado de su original; bien creo que su hermosura será para vos estímulo que apresure vuestra venida. Su padre don Juan os aguarda con grande alborozo; no dilateis la jornada, que con esta hermosa copia será groseria; en tanto dispongo las capitulaciones en la forma que hemos tratado; con vuestra vista se firmarán, y podeis estar gozosísimo de haber hallado tanta dicha. —Vuestro primo, don Rodrigo de Ribera.»

Apenas pudo doña Victoria acabar de leer el papel, y con la pena que de haberle leído recibió, la dió un desmayo, estando con él mas de media hora en brazos de su criada; volvió de él dando grandes suspiros y vertiendo muchas lágrimas; quejóse del engañador sevillano, y mucho mas de su facilidad, pues se habia determinado á entregar su honor á un hombre que vino á su casa despojado de unos ladrones. Aquel dia pasó en solo llorar; mas echando de ver que su reputacion corria riesgo, no quiso que se dijese de ella que un hombre la habia burlado; y así, con la luz que la habia dado la carta de á lo que iba y con quién se casaba, determinó irse á Madrid, pues lo podia hacer mejor que otra, por no tener deudo cercano á quien dar cuenta de su intento, sino un hermano en Flándes sirviendo en aquellos ejércitos, donde era capitán de caballos. Dió parte de su intento á Alberto, un criado anciano de su casa que la habia criado desde niña, y á él le pareció bien, ofreciéndose á acompañarla; con esto hizo cargar dos carros de su labranza de todo lo necesario para el adorno de una casa principal, y partieron á Madrid, donde luego que hubieron llegado á aquella insigne villa, se informó Alberto de dónde vivia don Juan de la Cerda y de si el novio que esperaban habia venido de Sevilla. Súpolo todo y que don Pedro aun no era llegado á Madrid, cosa que puso en cuidado á doña Victoria, ignorando la desgracia que le habia sucedido en Illescas.

Lo primero que hizo esta agraviada dama fué alquilar una casa sola que estaba muy cerca de la casa de don Juan de la Cerda; en ella quiso que estuviese Alberto, con nombre de que él era el señor de ella; luego le mandó que acudiese en casa de don Juan de la Cerda, y allí procurase saber si tenia necesidad de una dueña para su servicio, que en este traje se quiso mudar por desconocerse mejor á los ojos de don Pedro. Hizo la diligencia Alberto, con tantos deseos de acertar, que tuvo buen efecto, porque doña Brianda no deseaba otra cosa sino hallar una dueña que la sirviese; como le fué propuesta por Alberto, en nombre de hija suya, no solo la recibió en su servicio, pero á él tambien por su escudero, que tenia agradable presencia, y sus blancas canas le autorizaban mucho; habiendo pues negocia-

do á medida de su deseo, volvió con la respuesta á doña Victoria, de que se mostró muy gustosa, y porque doña Brianda deseaba verla presto. Aquel dia sacaron todo lo necesario para vestirse una viuda moza, y se hizo á toda prisa; de suerte que otro dia ya doña Victoria pudo ir á verse con la que habia de ser su dueño, en compañía de Alberto, que hacia el papel de padre, y fueron los dos muy bien recibidos del anciano don Juan de la Cerda y su hermosa hija: no quisiera Victoria que lo fuera tanto, por no ver muy pagado de ella al novio que esperaba; y aunque esto la podia enfriar el intento con la máquina que llevaba pensada, no desmayó en él; supo doña Brianda allí la patria de Alberto, que mudó el nombre en Estéban de Santillana, y así le llamaremos con el apellido; dijo ser de Utrera, cerca de Sevilla, y que allí fué casada su hija con un hidalgo honrado de aquella villa, que trataba en Indias, haciendo al Perú viajes, en uno de los cuales habia muerto, dejando tantas deudas, que toda su hacienda se habia consumido en pagar acreedores, y que de estas resultas habia puesto pleito á uno en el Consejo de las Indias, esperando en breve sentencia de él. Como don Juan oyó decir á Santillana ser andaluz, le preguntó si habia asistido algun tiempo en Sevilla; él le dijo que á esta ciudad, como cercana á su patria, iba y venia muchas veces, pero que su hija era quien habia tenido alguna asistencia en aquella ciudad; por entonces no quiso don Juan preguntarles nada de don Pedro de Ribera. Quedóse Victoria por criada de doña Brianda muy contenta con tenerla en su servicio, á quien fió luego las llaves de todos sus cofres y escritorios, no con poca envidia de las demás criadas, que sentían, y con razon, que una de ayer recibida hubiese merecido mas que ellas, con servicios de algunos años. Santillana dijo tener casa cerca de aquella, y mujer, que hubo de hacer este papel Marcela, criada de Victoria, por lo cual no le dieron aposento dentro de la casa de don Juan.

Volvamos á don Pedro de Ribera, que habiendo convaltecido llegó á Madrid, yendo á apearse á casa de su primo don Rodrigo, que le habia tenido cuidadoso su tardanza; la causa de ella se la manifestó don Pedro, no reservándole nada de cuanto le habia pasado en el cigarral de Victoria, hasta la palabra que la habia dado, con nombre supuesto, y preguntóle don Rodrigo la calidad de la dama, y don Pedro le dijo llamarse doña Victoria de Silva y ser de lo noble de Toledo. Mostró poco gusto de esto don Rodrigo, afeándole la accion de haber burlado y deshonorado aquella señora, de quien podia temerse; porque á saber que venia á casarse á Madrid, podia verse en algun peligro, si tratase de vengar su ofensa. Hablaron luego en doña Brianda, y dijo don Pedro cuán enamorado venia del retrato, aunque le habia perdido con lo demás que le hurtaron los ladrones cerca de Toledo; pero bien sabia don Pedro que esto no era así, sino que se le habia dejado olvidado debajo de la almohada de la cama, en el cigarral de Victoria, y no le daba poco cuidado de esto. Trató don Rodrigo que antes que don Pedro viese á su suegro y esposa, se

le hiciesen vestidos, así de camino como negros, y en tanto hubo de estarse retirado; esto es cosa que con dineros en Madrid se hace brevemente; y así, dentro de cuatro dias se le hicieron vistosas galas de camino, con que fingiendo ser recién venido él y su primo don Rodrigo, se fueron á casa de don Juan de la Cerda, siendo recibido él con mucho gusto, por ver en don Pedro tan buen talle. Avisaron á doña Brianda que entraba á su cuarto el que habia de ser su esposo, y ella estaba con sus criadas, que la acababan de vestir; púsose en su estrado, y sus dueñas en una alfombra cerca de ella, adonde entró don Pedro, acompañado de don Juan y don Rodrigo. Estuvo el galan caballero muy gustoso en la visita y muy despejado, sin que se le pudiese notar la primera necedad de los novios, porque era don Pedro de claro entendimiento y de galan despejo: Vió en el original de la hermosa doña Brianda haber andado fidelísimo el pincel, pocas veces dado á copiar verdades, cuando se han de decir con las colores en empleos como estos. Pagóse mucho de la hermosura de la linda doña Brianda, y ella le pagó en esto, pues quedó muy contenta de la persona de don Pedro.

Habíanse de asentar algunas cosas acerca de este casamiento, que necesitaba la persona de don Pedro; y así él, don Juan y don Rodrigo se retiraron á otro cuarto, donde se encerraron con un escribano y algunos deudos que llamaron á hacer las capitulaciones. En tanto quedó doña Brianda con sus criadas tratando de la persona de don Pedro, su esperado esposo; todas la daban sus parabienes de que fuese tan á su gusto; solo Victoria no la decia nada, cosa que notó su señoría; quedóse á solas con ella, y dijo: Doña Teodora, que así dijo llamarse, ¿por qué, cuando todas mis criadas me dan enhorabuena de haber acertado en la eleccion que he hecho de casarme, estás tú tan callada, que si quiera por lisonjearme no las imitas? ¿De qué nace tu silencio? Habia de propósito Victoria hecho aquello para venir despues á este lance, como vino. Vió la ocasion á medida de su deseo, y quiso aprovecharse de ella, respondiendo á la propuesta de doña Brianda así: Señora, en la persona del señor don Pedro no hay que poner falta ninguna, que es tan perfecto galan, que no hay mas que desear; y así todos confesarán esto; mi silencio ha nacido de que en Sevilla no conocí otra cosa que este caballero, porque yo viví en barrios que él frecuentaba mucho; la causa no te la he de negar, porque en esta ocasion no es justo que te trate con engaño quien solo desea servirte y tu quietud; pues vivir sin ella lo que ha de durar la vida, mas es muerte civil que vida gustosa de casada. Alteróse con lo que oía doña Brianda, y con apretadas amonestaciones rogó á su dueña que le declarase lo oscuro de aquellas razones preñadas, que no entendía. Ella, que se vió en ocasion de derramar su ponzoña contra don Pedro, tirano de su honor, no fué perezosa en hacerlo; y así, pidiéndola que se fuesen á lugar menos registrado de sus criadas y mas solo, se retiraron á un camarín, donde la cauta Victoria dijo así:

No cumpliera yo con el amor que, como á señora mia, te tengo, si no te hablase con claridad en lo que te importa no menos que tu quietud; y así, dueño y señora mia, sabrás que don Pedro tuvo amores con una dama de Sevilla, muy hermosa y principal, si bien sus padres no la dejaron hacienda con que poder sustentar sus honradas obligaciones; el festejo fué tan apretado, que viéndose ella obligada de las muchas finezas, asistencias y regalos de don Pedro, se le riudió con palabra que la dió de casamiento, de que hubo testigos, aunque convino estar este matrimonio clandestino secreto por entonces, por vivir don Fernando, padre de don Pedro, que sabia estos amores, y habia procurado con todas veras apartarlos, no viniendo en que don Pedro se casase con doña Elvira de Monsalve, que así se llama esta señora. De la continuacion de su empleo resultaron prendas vivas, que fueron dos hijos y una hija, que hoy están en poder de su madre. Aguardaba don Pedro á que su padre muriése, que vivia con achaques y tenia mucha edad; sucedió así, y cuando doña Elvira se pensó que luego seria esposa de don Pedro y acabarían sus pesares, que los tuvo muchos, de que estoy cierta, por vivir en su barrio, él se retiró de verla algunos dias, lo cual visto por ella, determinó de dar parte de este agravio á dos primos suyos, que lo sintieron tanto, que trataron luego de hacer que don Pedro le cumpliera la palabra que le habia dado á su prima. Vivía retirado don Pedro en un lugar suyo, cerca de Sevilla, y con cuidado de guardarse de sus enemigos, que visto que no venia en lo que era razon, trataban de matarle. En este estado lo dejé, cuando mi padre me trajo á Madrid, donde ha cosa de mes y medio que estoy. Esto es lo que puedo asegurarte del señor don Pedro, y que no estará seguro en esta corte, porque los primos de la dama, á quien yo conozco, son caballeros muy calificados y de hecho, los cuales no dudo que vengán aquí, adonde venguen el agravio de su prima, con mas seguridad que en Sevilla, adonde él vivia recatado de ellos.

CAPÍTULO XVIII.

Prosigue Jaime la novela de *A lo que obliga el honor.*

Atenta escuchó doña Brianda la relacion que le hizo su dueña acerca de la persona de don Pedro, y sintió en extremo que este caballero no viniese de Sevilla tan libre como ella deseaba; acerca del mentado empleo, que la encubierta doña Victoria fingió, le hizo algunas preguntas la afligida dama, de si estaba muy enamorada, de si era hermosa doña Elvira y otras muchas circunstancias, á que satisfizo con mucho cuidado, llevando la mira á que quedase muy en desgracia suya don Pedro; con todo, no dando entero crédito doña Brianda á lo que habia oido á su dueña, remitió el dar cuenta de ello á su padre y que él se informase mejor de todo. Entróse á hablar con él, que ya habian acabado las capitulaciones, y en tanto doña Victoria se quedó en la primera sala, lugar donde asisten las dueñas; allí llegó un criado de don Pedro, á quien él habia mandado acu-

dir á la estafeta por las cartas que de Sevilla le viniesen, y trayéndole un pliego, preguntó á la dueña por su amo, sin haberla conocido: tan disfrazada estaba con las tocas. Ella le dijo estar allá dentro con su señor. Traíale este pliego, dijo el criado, que en la estafeta de Sevilla le ha venido, y estas cartas. Pues si gustais, dijo la astuta Victoria, que yo se le dé, pues que vos no podeis entrar donde él está, yo lo haré por haceros gusto. Hacíeme mucho favor, dijo el criado, con que se fué, dejando el pliego en manos de la dueña. Ella lo primero que hizo fué abrir el pliego, y dentro de él poner una carta que brevemente escribió y entrar delante de su señora con el pliego, habiéndole cerrado primero. Ella preguntó ¿que adónde iba con aquellas cartas? Y ella, no mostrando malicia alguna, la dijo: Señora, llévolas al señor don Pedro, que se las trae su criado de la estafeta. Como las mujeres son curiosas, Brianda quiso en aquella ocasion serlo abriendo los pliegos, y en el uno halló la carta que habia escrito la dueña, cuya firma era doña Elvira de Monsalve. Con lo oido de la relacion, púsole deseo de saber lo que la carta contenia, porque ella le habia de dar luz de todo mejor; y así, leyéndola, vió en ella escritas estas razones:

«Vuestra ausencia y mi poca salud, querido esposo mio, me tienen de manera, que acabarán presto con mi vida, y mas con las nuevas que he tenido de que os vais á casar á esa corte; no me puedo persuadir á creer tal cosa de quien me tiene dada palabra de esposo, y hay de por medio prendas de los dos: no os advierto mas de que hay Dios que juzga rectamente, y que tengo á mis primos, que si saben este desprecio con los hechos á mí, irán á vengar su agravio. El cielo guarde vuestra vida, para que conozcáis mi fineza y vuestra obligacion. Vuestra esposa, *doña Elvira de Monsalve.*»

Con haber leído esta carta confirmó doña Brianda por verdad cuanto la habia dicho su vengativa dueña. Salió su padre en aquella ocasion, á quien dió cuenta de lo que sabia acerca de don Pedro, mostrándole juntamente la carta de la fingida doña Elvira; quedó el viejo admirado, y haciéndose cruces de ver que un caballero de tan ilustre sangre hubiese tratado con engaño á aquella señora, con hijos de los dos, y que con esto se viniese á casar con su hija; reservó el darle cuenta de que sabia esto hasta informarse mejor de un caballero de Sevilla, amigo suyo, á quien fué luego á buscar.

Apenas don Juan se salió de casa, cuando don Pedro, acompañado de su criado, volvió á ella, que habiéndole dicho cómo el pliego de Sevilla y las demás cartas se las habia dado á la dueña, venia á cobrarlas de ella, puesto que no se las habia enviado á la posada de su primo. Hallóse á doña Brianda en la primera sala, de quien su padre se habia apartado, y dijo: Con menos ocasion, dueño mio, pudiera volver á veros, cosa tan del interés mio, mas en esta me disculpa el volver por mas cartas de Sevilla, que mi criado dejó en poder de esa señora, criada vuestra. Esta se pensó, dijo Brianda,

que vos estábades con mi padre, y os las entró á dar, encontré conmigo, y yo, sabiendo de ella á lo que iba, se las tomé con un poco de curiosidad y recelo, por temer que en Sevilla caballeros de vuestra edad no vivirán sin empleo. Esta curiosidad me ha salido á la cara, si bien puedo agradecer el desengaño, venido tan antes de mi empleo, que peor fuera despues de haberle hecho aquí: he visto esa carta, que leeréis, de quien vos conocéis tan bien; para mí bastaba, sin otra informacion que he tenido, para no tratar de admitir desde hoy la plática de casarme con vos. De la carta sabréis lo que no ignorais, y quedad con Dios, que no os quiero cansar.

Quedóse don Pedro con la carta en la mano atónito, sin saber lo que le habia sucedido; leyó la carta, y vió en ella que algun pecho envidioso de su dicha se la queria barajar por aquel camino, fingiendo aquella quimera; vió á la dueña allí, y sin reparar mucho en ella, la dijo: Señora mia, ¿qué embustes son estos que contra mí se han ordenado? ¿Yo tengo dama en Sevilla y de este nombre? Yo hijos en ella con palabra de marido? Si no es mentira la mayor que ha formado el embeleco, yo quiero perder mi cabeza. Por mí, dijo la dueña, yo creo vuestra satisfaccion; mi señora es bien que la crea, porque está tal, que dudo mucho que permita pasar adelante en este matrimonio, porque á mí me consta que ha dado á su padre cuenta de todo esto, y que él va á hacer informacion de ello con un caballero de Sevilla, que está aquí, muy amigo suyo. Yo me huelgo de eso, dijo don Pedro, pues conocerá que eso es mentira, y que tal dama como esa doña Elvira no la hay en Sevilla; pero á vos, señora, os suplico me digais si privais mucho con mi señora doña Brianda. Soy á quien mas favorece, dijo ella. Pues siendo eso así, replicó don Pedro, bien podréis acabar con ella que oiga mi satisfaccion. Mucho dudo que ella os hable mas, que la vi muy indignada contra vos, y es persona que cuando se enoja, informada primero de la razon, no pierde el odio que cobra en muchos dias. Pues si vos privais tanto con ella, dijo él, bien creo que podréis ablandarla con ruegos, representándola lo que la amo y estimo. En mi mano está eso, dijo la dueña, pero ¿qué me daréis porque alcance con mi señora que haga eso? Cuanto me pidais, dijo él, si es que reparais en interés, que mi condicion es liberal, y no reparo en servir á quien me favorece. Moza soy como veis, dijo la dueña, y no tengo perdidas las esperanzas de casarme; lo que me falta para conseguir eso es tener algun dote; en vuestra liberalidad fio, que sirviéndoos me favoreceréis, porque veais cuánto deseo mi gusto. Haced lo que os tengo rogado, dijo él, que yo os prometo quinientos escudos para ayuda á remediaros; y para que estéis mas segura de que lo cumpliré, traed recado de escribir, que de ellos os quiero hacer luego una cédula. Quiso ver doña Victoria en qué paraba aquello; y así en breve trajó papel, tintero y pluma, y púsose en un bufete para que hiciese la cédula que le prometia. Don Pedro anduvo tan galante, que hizo una firma en blanco, ha-